SCRIPTA FULGENTINA
Año XIX - Nº 37-38
2009
Páginas 213-215

RECENSIONES

FELICIANO MONTERO: *«La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975). La oposición durante el franquismo /4»* (Ediciones Encuentro, Madrid, 2009. 356 págs.).

No es fácil elegir portada para un libro de historia. ¿Qué imagen, qué escena, qué símbolos o contenidos visuales pueden resumir, sintetizar, evocar o representar adecuadamente algo tan variado, complejo y vasto como lo históricamente acontecido en un segmento más o menos largo del pasado? Decimos esto porque la elección de portada para el libro que presentamos es meritoria. Sí, la fotografía elegida (tomada del archivo de la HOAC) merece una contemplación detenida, que nos permita recorrer con la mirada la diagonal que va desde el crucifijo que preside el salón de conferencias o teatro hasta el rostro de la última fila, vuelto hacia el fotógrafo en el momento en que éste dispara su cámara: un rostro luminoso de mujer joven, con unas perlas al cuello, o, delante de ella, hasta la espalda y la calvicie incipiente de un señor que atiende atento lo que se dice. La fotografía capta una panorámica de la mitad derecha de una sala llena de oyentes adultos, sentados en unas diez filas de sillas plegables. Al fondo, sobre el estrado, la mitad de la larga mesa presidencial, en la que destaca, de pie y de espaldas al crucifijo, quien en ese momento tiene el uso de la palabra, seguramente el obispo, por el fajín que intuimos en su atuendo. Decimos que la fotografía, muy bien escogida, merece cierta contemplación. ¿Qué hace esta mujer, o el señor delante de ella, o la compañera de gafas en la fila precedente, en un acto como éste? Porque esto no es una misa ni el obispo está presidiendo procesión ni acto de culto alguno. Es un auditorio adulto participando en una actividad formativa, y quienes presiden junto al obispo son, sin duda, dirigentes laicos —laicas, más bien. ... ¡Cuántos militantes de Acción Católica se reconocerán en la portada del libro! Qué innumerables las charlas, debates, jornadas, cursillos, asambleas, actos públicos de todo tipo, similares al retenido en la foto, organizados por la militancia cristiana en una época de nuestro país y nuestra Iglesia que ya nos parece lejana. Esta imagen habla por sí

sola de una forma específica de ser cristianos, de ser Iglesia, de unir fe y vida, evangelio y compromiso, promoción personal y colectiva, conversión religiosa y actividad socio-política, formación cristiana abocada a una transformación personal, ambiental e institucional. ¿Qué desarrollo y amplitud, qué incidencia y qué papel histórico cabe atribuir a este tipo de actividad, a la militancia que alimentó y a la dinámica de promoción y oposición socio-política que sostuvo durante el franquismo? ... Con este interés de fondo, invitamos a leer este libro de Feliciano Montero y sopesar su respuesta, pues la historia que investiga y presenta en él es, en buena medida, la nuestra propia.

Precisamente porque los dientes del tiempo no cesan de roer y erosionar nuestra memoria, la colectiva tanto como la personal, conviene frecuentar lecturas como la que nos brida este libro, en el que se repasa un segmento de nuestra historia reciente que interesa tener presente, conocer y dar a conocer. Hay que agradecer al profesor Montero, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Alcalá de Henares, el que una vez más haya dado a la imprenta un trabajo de su especialidad, dedicado al papel de la Iglesia católica en el franquismo, titulado ««Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975)». Esta obra es la cuarta de una serie que publica Ediciones Encuentro sobre «La oposición durante el franquismo». Las tres anteriores versan sobre la Democracia Cristiana, «la izquierda violenta (1968-1978)» y el exilio republicano; y no sabemos cuántas les seguirán. Hay que agradecérselo porque viene a corroborar su madurez como historiador, tal y como señala en su prólogo el profesor José Andrés-Gallego, y el mérito de su trayectoria en el cultivo de un campo temático específico que él ha contribuido a fomentar y consolidar en la universidad española.

Montero limita su análisis histórico del papel de la Iglesia a los veinte últimos años de la dictadura franquista y etiqueta con la metáfora del «despegue» dos fases consecutivas para describir el rol de la oposición encarnada por el factor católico: primero «despegó» la base (en la década del 56 al 66) y después, la jerarquía (del 66 al 75). El puntero del compás lo coloca en la fecha mítica del 68, pues en su opinión «hasta 1968 (aproximadamente) el protagonismo del «despegue» o la disidencia católica está en la base, los seglares y sectores del clero; después del 68, y más claramente después de la Asamblea Conjunta de 1971, se produce un «corrimiento» significativo: la Jerarquía asume una distancia crítica respecto del Régimen, a la vez que la base radicaliza y seculariza sus posiciones.» (pág. 23). En el repaso de estas dos décadas queda sucesivamente resaltado el papel de la Acción Católica Obrera desde los años cincuenta, el impacto del Concilio Vaticano II, el diálogo cristiano-marxista, la fallida

Democracia Cristiana y, finalmente, la crisis posconciliar («crisis» de la Acción Católica, Asamblea Conjunta, etc.).

Al trabajo profesoral de Montero, así como también al profesional o «amateur» de otros, hemos de agradecer que esta intrahistoria, de la Iglesia española y, en especial, de sus movimientos apostólicos, haya entrado «en el temario» de la universidad española o en la historia académica y ocupe en ella el puesto que merece y no siempre se le reconoce. Es, pues, mérito subrayable de esta publicación, junto con el resto de la obra del profesor Montero, su contribución a la salvaguarda académica de una faceta importante de nuestro pasado que interesa conocer y aprender, por justicia, por honradez y por lucidez intelectual.

A los más exigentes no pasarán desapercibidos aspectos cuestionables de este planteamiento (el «formato» de historia «troceada» del franquismo requiere la labor complementaria de perito «ensamblaje» de las piezas; «empezar» en 1956, sin mencionar la legitimación fontal de la sublevación franquista contenida en la Carta colectiva de 1937, necesita más justificación de la ofrecida; curiosamente, la selección operada induce al autor a cierto sesgo, a la vez idealizado y parcial, del complejo «factor católico»; no siempre se evitan las repeticiones y «cosidos» que necesitan ulterior «planchado», etc.), pero lo más importante queda dicho: a Montero agradecemos su magistral aportación, y ahora falta que seamos los lectores quienes avivemos la memoria y aprendamos del pasado, porque al compás de estas páginas quizá nos preguntemos no sólo qué lecciones «hacer», sino qué lecciones «sacar» del pasado: ¿qué se hizo de la vida eclesial aquí reseñada? ¿a qué atribuir y cómo valorar la pérdida de protagonismo eclesial y social de esas bases que ayer sostuvieron el «despegue»? ... Preguntas que ya no corresponde responder tanto al historiador como a nosotros.

Antonio Murcia Santos